

AGUSTÍN MILLARES CARLO: LA NOSTALGIA EN EL EXILIO

MANUEL RAMÍREZ MUÑOZ

El ser humano, para que su psiquismo funcione de una manera correcta, tanto social como individualmente, necesita moverse dentro de unas coordenadas vitales que le den razón de su existencia, y de unos marcos de referencia formados por la familia, el barrio y la sociedad, a los que se vincula y se arraiga, y sólo a través de ellos, es capaz de completar su ciclo vital. Sin embargo, cuando la persona se ve forzada a emigrar, y por lo tanto, a romper bruscamente con aquellas coordenadas, vive —según el psicólogo Manuel Alemán—, “el corte brutal con sus vinculaciones socio-afectivas, acusa un desplazamiento obligado de su propio marco de referencia, conforma existencialmente la ruptura de su equilibrio”¹.

Para el canario, el término “emigración” forma parte íntima de su propia psicología. El constante crecimiento demográfico en Canarias, doblando la media nacional², ha hecho necesaria la puesta en marcha de unos mecanismos de nivelación que se traducen en la salida de parte de su población, acentuándose este fenómeno en los periodos carenciales. A lo largo de su historia, las crisis cíclicas sufridas por el Archipiélago en su economía, han sido la causa de un éxodo —masivo a veces—, de la juventud canaria, hacia Cuba y Venezuela principalmente. Esta emigración supone una profunda alteración de su ámbito afectivo y una significativa frustración, por el hecho de “arrancar a una persona de su tierra y de su ambiente, el trasplante a otra tierra donde no tenía raíces para vivir, y la incertidumbre nostálgica de sus islas y de su gente”³.

¹ ALEMÁN, MANUEL: *Psicología del hombre canario*. Santa Cruz de Tenerife, Centro de Cultura Popular Canaria, 1986. p. 133.

² ÁLVAREZ, MARCELO: *Estructura Social de Canarias*, vol. I, Las Palmas de G.C., C.I.E.S., Marzo 1980, p. 270.

³ ALEMÁN, MANUEL: ob. cit., p. 135.

Refiriéndonos a nuestra más reciente historia, la añoranza por su tierra acompañará constantemente al exiliado político, que como consecuencia de la caída de la República española en 1939, buscará en los países hispanoamericanos la continuación a su proyecto de vida, que no pudo llevar a cabo en su propia patria.

El derrumbamiento del frente aragonés supuso la caída de Cataluña y su ocupación por las tropas nacionalistas, poniéndose en marcha una historia, la del Exilio, de la que Ricardo de la Cierva diría que era “la historia de 30 años de angustia, esperanza, rumores y nostalgia”⁴. Los aletazos finales de la guerra empujaron hacia Francia, desde Enero y Febrero de 1939, a las masas de emigrantes republicanos españoles, tras la caída de Barcelona y de Madrid, cruzando los Pirineos un gran contingente de seres derrotados y exhaustos, que fueron alojados en campos franceses de concentración. Por estas mismas fechas, el Gobierno de Negrín creó el Servicio de Evacuación de Republicanos Españoles (SERE), que a mediados de 1939 se trasladó a México.

EL EXILIO ESPAÑOL EN MÉXICO

En este brutal éxodo masivo, el más importante de nuestra historia, hay que tener en cuenta, no sólo su escalofriante aspecto cuantitativo, sino su dimensión cualitativa, pues —como ocurre en todas las emigraciones por causas políticas—, formaron parte del mismo personas de un alto nivel intelectual: catedráticos de Universidad y de Instituto, profesores, ingenieros, arquitectos, escritores, artistas, economistas, etc.⁵. En 1940 escribía Torrente Ballester que, “por esos mundos de Dios, desgarrada y amarga, anda la España peregrina con todas las maldiciones del destierro sobre su cabeza. Dios le quitó a sus hombres el sosiego como a casta maldita, pero no la inteligencia que conservaron más despierta y sensible por el dolor”⁶.

Si Francia acogió a un exilio procedente del mundo sindical y del trabajo, México recibió un grupo caracterizado por el alto nivel cultural de sus componentes, exponente de su extracción social básicamente burguesa, y de las capas medias

⁴ CIERVA, RICARDO DE LA: *Historia Ilustrada de la Guerra Civil Española*. Barcelona, Danae, 1973. vol. II, p. 256.

⁵ En el último censo de la Legación de México en Vichy, fechado en Julio de 1942 figuraban entre otros, 156 catedráticos de Universidad, la mayor parte numerarios y 7 rectores; 216 catedráticos de Instituto y de Escuelas Profesionales y Técnicas; 431 entre ingenieros, arquitectos, aparejadores y peritos industriales; 1224 abogados incluyendo notarios y registradores; 1743 médicos; 817 titulados de otras Facultades y Escuelas Especiales; 243 escritores y periodistas. (Cfr., Batista Climent, Juan: “España en el Exilio”, en Cuadernos Americanos. México, año XXII, vol. CXXVI, Enero-Febrero, 1963, p. 101).

⁶ TORRENTE BALLESTER, GONZALO; reproducción facsimilar de la revista *Tajo* (1940). Cfr. “Historia del Franquismo”, en *Diario 16*, Madrid, 1984, 1.ª parte, Cap. 5, p. 77.

del país. Esta élite cultural⁷ fue recibida con los brazos abiertos por el presidente mexicano Lázaro Cárdenas, cuya actitud ante el drama español no ha tenido parangón en la historia moderna y contemporánea de España. Aunque junto a motivos altruistas prevalecieron otros de orden práctico, no por eso fue menos generosa la cálida acogida que México brindó a los republicanos españoles.

Alrededor de veinte mil exiliados políticos se fueron integrando de alguna manera en la sociedad mexicana a partir de 1939, pues el General Cárdenas permitió que con una mínima tramitación, se nacionalizaran mexicanos todos los españoles que quisieran. En Septiembre de 1939, y en un informe al Congreso de la Unión, el Presidente Cárdenas expuso las ventajas que esperaba obtener de los españoles. “México recibiría la contribución de un grupo estrechamente relacionado por raza y espíritu a los mexicanos mismos, grupo que incluía hombres de gran capacidad y energía que desempeñarían un papel en el desarrollo de México. Los republicanos se integrarían con mayor facilidad que la mayor parte de los grupos extranjeros”⁸. Por otra parte la recepción se haría a un costo mínimo ya que las organizaciones republicanas en el exilio se comprometieron a costear el transporte y contribuir a los gastos de su instalación.

AGUSTÍN MILLARES CARLO: UN EXILIADO EXCEPCIONAL

Como exiliado de excepción podemos considerar a don Agustín, del cual dice su biógrafo José A. Moreiro González, que “el pago a una ideología profesada con honestidad y sin oportunismo fue un doloroso exilio, al que Millares caminó junto a casi una cuarta parte de los catedráticos de Universidad españoles”⁹, ya que la guerra civil española supuso el derrumbamiento casi total de todos sus proyectos de trabajo y de su vida familiar, y el duro peregrinaje por un largo camino lleno de amarguras, que tuvo un dramático punto de inflexión en Hendaya, donde el 4 de Julio de 1938 fallecía su esposa Paula, cuya muerte “fue un presagio de tristes acontecimientos para Millares Carlo. Desde ese momento iba a ver negado todo cuanto había perseguido en la vida”¹⁰.

Ante el sombrío panorama que se abría ante don Agustín, el Presidente del Gobierno, el canario don Juan Negrín, estimó como solución coyuntural a su tragedia humana el alejamiento de España, nombrándole vicecónsul en la ciudad de México y poco después, por expreso deseo del Dr. Negrín, don Agustín entró

⁷ FAGEN W., PATRICIA: *Transterrados y ciudadanos*. México, F.C.E., 1975. p. 7. (El término “transterrado” fue generalmente utilizado por los exiliados republicanos en América, ya que pensaban que ningún español podía sentirse desterrado en el Nuevo Continente. También se llamaron en ocasiones, “conterrados”).

⁸ FAGEN W., PATRICIA, ob. cit., p.36.

⁹ MOREIRO GONZÁLEZ, JOSÉ A.: *Agustín Millares Carlo: el hombre y el sabio*. Islas Canarias, Gobierno de Canarias, Viceconsejería de Cultura y Deportes, 1989. p. 159. [Colección Clavijo y Fajardo: 5].

¹⁰ *Ibid.* p. 157.

a formar parte del equipo directivo del S.E.R.E.¹¹ convirtiéndose en un adelantado en el destierro, que fue recibiendo a los intelectuales republicanos, hermanados en el drama común del exilio.

Otro eslabón más a su cadena de amarguras fue la injusta separación de su cátedra de Paleografía en la Universidad madrileña¹², y la difícil andadura por el camino universitario de México, en el que se vio envuelto en ocasiones, como la mayoría de los exiliados españoles, en la atmósfera de intrigas y envidias generadas por el alto nivel académico del que eran poseedores y que frecuentemente aventajaban a los colegas mexicanos¹³.

Durante la permanencia de don Agustín entre México y Venezuela, sintió dolorosamente los recuerdos de su patria chica, recuerdos que se hicieron más intensos cuando cumplió los sesenta años en 1953. En el Seminario “Millares Carlo”, del Centro Asociado de la UNED de Las Palmas, donde se custodia parte de su legado científico, existe una colección de cartas dirigidas a su sobrino Agustín Millares Sall, a su hermano Juan y a su amigo y discípulo Manuel Hernández Suárez, en las que vertió sus recuerdos y sus anhelos, sus frustraciones y, sobre todo, el deseo irrefrenable de encontrarse en su tierra.

EL CHOQUE CON LA REALIDAD

En la actitud de los transterrados españoles en México hay que tener en cuenta, no sólo la tendencia lógica a la añoranza por su patria chica, sino también los problemas generados en ocasiones por la discriminación. Debido a un cierto grado de xenofobia, el exiliado siente la necesidad de refugiarse en el recuerdo de su terruño lejano. Por otra parte, este grado de xenofobia, no generalizada sino localizada en determinados sectores de la sociedad mexicana, no empaña en absoluto la generosidad de su Gobierno, aunque hay que decir que los logros sociales y económicos de una buena parte de los transterrados, fueron en beneficio de todo México; “...muchos transterrados creen que sus esfuerzos han triunfado a pesar de los obstáculos inherentes al medio social, político y cultural de México”¹⁴.

¹¹ MILLARES CARLO, AGUSTÍN: “Mi reencuentro en México con D. Blas Cabrera Felipe”, en *Rumbos* (Revista del Círculo Canario de Estudios Socialistas “Juan Negrín”). Año I, Diciembre, 1978. p. 17-18.

¹² La separación de su cátedra tuvo lugar el 25 de Noviembre de 1939. (Cfr. Moreiro González, José A.; ob. cit., p. 159 y nota 5, p. 179).

¹³ A menudo se quejaba don Agustín de que no se difundiera la publicación de sus obras, ni con una simple reseña periodística, a pesar de la extraordinaria importancia de las mismas. En carta a su sobrino Agustín Millares Sall, y refiriéndose a que en la editorial F.C.E. ya había ejemplares del tomo I de su edición de Alarcón, le decía: “¡Tan grande es el miedo que me produce todo libro mio publicado! A pesar de que el tomo lleva ya de publicado más de dos meses, nadie me ha dicho nada, inveterada costumbre de la crítica en este país, donde suele silenciarse el trabajo de los que no son mexicanos por nacimiento”.

¹⁴ FAGEN W., PATRICIA; ob. cit. p. 172.

Don Agustín, como la mayoría de los transterrados españoles, tiene frecuentemente una sensación de amargura por no verse correspondido en la medida de sus deseos. En carta a su hermano Juan, en 1949, dice que “si el ambiente en que a uno a la fuerza le ha tocado vivir fuera, al menos agradable, la cosa no sería tan trágica; pero si vieras la mezquindad de tantas pasiones, rencillas y odios que a diario tengo que sufrir, comprenderás mi posición y mis deseos de librarme”¹⁵; por eso, y cada vez con más fuerza, le atrae la idea de “irme a vivir ahí y ocupar lo que me queda de vida a los trabajos de erudición isleña que tanto me atraen. Pero no veo el modo”¹⁶.

A pesar de la voluntad de dedicar todos sus esfuerzos a trabajar con ahínco en el ambiente universitario mexicano, no siempre encontró una respuesta adecuada. Precisamente en uno de sus viajes a Las Palmas, don Agustín dijo en el Gabinete Literario que puso sus miras, “no por afán de conquistar laureles, sino por entender, como lo entendieron otros en análogo trance, que era obligación ineludible de contribuir, cada cual en la medida de sus fuerzas, a la cultura del país que nos abría perspectivas de trabajo”¹⁷. Pero se sentía postergado en la Facultad, donde se concedieron ascensos a profesores con menos méritos que él, escribiendo en 1958 que, “debido a este feroz chauvismo que me está fastidiando de lo lindo [...] estoy encarando seriamente el problema de liquidar aquí mis compromisos y regresar a España a fines de año”¹⁸.

Para un polígrafo como don Agustín, al que sus casi 300 títulos en el campo de la Archivología, Bibliografía, Lengua y Literatura Latinas, Historia, etc.¹⁹, le permiten parangonarse con sabios de la talla de Menéndez Pidal o Menéndez y Pelayo, el medio intelectual en el que forzosamente tuvo que desenvolverse y tan distinto al que hubiera querido vivir, le hace manifestar constantemente la necesidad de huir y refugiarse en su rincón natal. “Ya te darás cuenta, además —escribe a su sobrino A. Millares Sall—, de que mi deseo es pasar mis últimos años en mi tierra, y emplearme en tareas que le puedan ser útiles”²⁰... “que

¹⁵ Ante el deseo de su hermano de cambiar radicalmente de vida en México, don Agustín le disuade: “aquí no hay nada que hacer, sino trabajar día y noche para ir tirando. No te negaré que me siento viejo y cansado, y con miedo a dar el día menos pensado el bajón. Como otros sueñan con tierras nuevas y grandes ciudades por una especie de espejismo que todo lo representa fácil y al alcance de la mano, yo añoro la tranquilidad y la paz y pienso cada día más en conseguirlas. El sacrificio por los ideales es muy bello, pero está condicionado, no por el egoísmo, sino por el límite de las fuerzas humanas”. (Carta de A. Millares Carlo a su hermano Juan, México, 19 Junio 1949).

Todas las cartas citadas en el presente trabajo se encuentran depositadas en Centro Asociado de la U.N.E.D. de Las Palmas, Seminario “Millares Carlo”, Fondo Agustín Millares Carlo: Correspondencia.

¹⁶ Carta a A. Millares Sall, México, 2 Mayo 1955.

¹⁷ MILLARES CARLO, A., “Pregón de San Pedro Mártir de 1970”, en *El Museo Canario*, vol. XXXI-XXXII, 1970-1971, p. 10.

¹⁸ Carta a Manuel Hernández Suárez, México, 20 Marzo 1958.

¹⁹ Para un estudio detallado de la bibliografía de don Agustín, véase: PESCADOR DEL HOYO, M.^a DEL CARMEN: “Agustín Millares Carlo”, en *Homenaje a Agustín Millares Carlo*, vol. I, Las Palmas de G.C., Caja Insular de Ahorros, 1975, p. 17-93, y Moreiro González, José A., ob. cit., p. 349-463.

²⁰ Carta a A. Millares Sall, México, 20 Enero 1957.

si yo pudiera, lo cambiaría todo, por mi rincón en esa tierra inolvidable, si pudiera...”²¹.

Don Agustín desarrolló una labor extraordinaria en los principales centros intelectuales mexicanos, como la Universidad Autónoma de México, el Colegio de México y la Escuela de Biblioteconomía, donde dejó huella de su profundo conocimiento del latín, de la paleografía, de la filología y de la historia. De aquella labor son testimonio imperecedero sus ediciones de los clásicos²², textos para la enseñanza del latín y de la literatura²³, edición de las Obras Completas de Ruiz de Alarcón²⁴, y sus aportaciones a la Historia de América, respecto a las que su biógrafo José Antonio Moreiro dice que “ciudadano de América, la obra de Millares Carlo en torno al americanismo se considera la más importante de cuantas realizaron los transterrados españoles”²⁵. En este aspecto sobresalen sus estudios de las grandes crónicas y su especialización sobre la obra del Padre Las Casas, una de las figuras más polémicas de la historia colonial americana²⁶.

Al disponer en México del año sabático, aceptó la invitación de la Universidad de Maracaibo para explicar las cátedras de Letras y Griego en su recién fundada Facultad de Humanidades y dirigir la Biblioteca Universitaria, trasladándose en Noviembre de 1959. Pero el ambiente universitario que se encuentra no es muy agradable, pues “con excepción de algún elemento joven, el resto de los profesores de la Facultad son argentinos, chilenos y centroamericanos: hombres más que maduros, arrojados por la resaca de la vida a estas latitudes; gentes que por lo mismo no se sienten seguros de su saber, son como las viejas prostitutas, llenos de perifollos filosóficos y pedagógicos. En el fondo, todos atormentados por el ansia de ganar muchos bolívares y tener una sólida cuenta corriente en el banco. A mí todo esto me repugna, y ni aun lo justifico con aquello de que ‘necesitas caret lege’; sólo aspiro a cumplir mi compromiso, no quedar mal y marcharme enseguida”²⁷. Sin embargo, los últimos diez años del exilio de don Agustín transcurrieron en Venezuela y en un clima de profunda integración en la Universidad del Zulia, distinto por completo a su andadura mexicana, siéndole conforme pasaba el tiempo, cada vez más difícil realizar el regreso tan deseado a Las Palmas²⁸.

²¹ Carta a A. Millares Sall y Alfonso de Armas, México, 26 Mayo 1955.

²² MOREIRO GONZÁLEZ, J. A.; ob. cit., p. 164-169.

²³ Ibíd. p.168-174.

²⁴ Ibíd. p. 176-178.

²⁵ Cfr. MOREIRO GONZÁLEZ, JOSÉ A.; ob. cit., p. 183 y nota n.º 1, p. 203.

²⁶ Sobre la especialización lascasista de don Agustín véase, Ramírez Muñoz, Manuel: *El padre Las Casas, en la obra americanista de Millares Carlo* (Memoria de Licenciatura) U.N.E.D., 1986, y del mismo autor: “Agustín Millares Carlo, Lascasista”, en Boletín Millares Carlo, Las Palmas de G.C., UNED, 1987, n.º 9-10, p.93-118.

²⁷ Carta a A. Millares Sall. Maracaibo, 21 Febrero 1960.

²⁸ Hablando de su traslado definitivo a Canarias, descartado por imposible, escribía el 27 de Noviembre 1960 a Manuel Hernández Suárez: “me han nombrado director del Centro de Estudios Humanísticos de esta Facultad. Me miman, me halagan, no quieren que me vaya. Yo estoy a gusto y tranquilo, y voy haciendo mi trabajo. ¡Qué satisfacción si lo de la Univeridad canaria tuviera arreglo...”.

Siempre sumido en un mar de problemas y preocupaciones, “me encuentro sólo y bastante triste”²⁹, a veces se duele del ambiente de indiferencia que cree ver en Las Palmas hacia sus trabajos, y se queja amargamente del “olvido en que ahí me tienen, ¡qué sé yo el tiempo que hace que no recibo carta de Las Palmas, ni noticias bibliográficas, ni de otra clase, ni nada...”³⁰. Piensa incluso de que “algunos personajes de Las Palmas no le miran bien”³¹.

En 1963 y gracias a las gestiones y al tesón de Tomás Marín, se le dio posesión de su cátedra, para jubilarse a continuación³², y el choque con la realidad universitaria madrileña, no le duele menos que la de las universidades mexicana y venezolana. Después de la ceremonia de posesión, un grupo de amigos le invitó a comer, “¡qué horror! Estos investigadores científicos a tanto la línea sólo hablan de escalafones, sueldos, gratificaciones y cosas por el estilo”³³, lenguaje que tengo olvidado hace mucho tiempo, pero que no es el más adecuado para levantar mi pobre ánimo”³⁴.

LA NOSTALGIA DE SU “PATRIA CHICA”

Deseos, recuerdos, vivencias..., todo un pequeño mundo de cosas menudas acompaña a don Agustín, tanto en México como en Venezuela. Cosas que la distancia acrecienta su valor y añoranzas que se agigantan a medida que pasan los años, y tantas esperanzas que se convierten en frustrados proyectos de vida. La idea del retorno y la de la indiferencia con que se cree tratado se hace obsesiva, siendo impresionante el catálogo de ofertas que hace don Agustín a la cultura española, como impresionante es el olvido que envuelve a la mayoría de ellas³⁵. Los recuerdos de Las Palmas, cada vez más vívidos, los va desgranando don Agustín en un entrañable y melancólico rosario epistolar, en el que deja constancia de su profundo mundo afectivo, y de la tristeza que le envuelve

²⁹ Carta a A. Millares Sall. Barcelona, 13 Diciembre 1957.

³⁰ Carta a A. Millares Sall. México, 25 Agosto 1959.

³¹ Carta a Manuel Hernández Suárez. Maracaibo, 16 Mayo 1961.

³² La vuelta a la cátedra estuvo plagada de trabas, al haber sido acusado de masonería cuando fue separado de ella. Todo esto, más unos problemas familiares, le desanima a volver a Las Palmas, aunque dice que nadie dudará del amor profesado a su tierra, ni de que quiere pasar allí sus últimos años. (Carta a Manuel Hernández Suárez. Maracaibo, 7 Febrero 1962).

³³ Hay que tener en cuenta las dificultades económicas derivadas del Plan de Estabilización, que preveía la reducción del gasto público, el aumento impositivo y la congelación de los salarios, como medidas para atacar la inflación. (Cfr., Harrison, Joseph; *Historia económica de la España contemporánea*. Barcelona, Vicens Vives, 1980, p. 217. [Vives Bolsillo: 11].

³⁴ El 22 de Julio de 1963 se le dio posesión de su cátedra, jubilándose el 10 de Agosto del mismo año. (Carta a A. Millares Sall. Madrid, 22 Julio 1963).

³⁵ “En San Luis de Potosí, y a base de proyecciones, di un curso de paleografía de los siglos XVI y XVII que tuvo mucho éxito ¿no interesaría ahí algo análogo? El ideal sería arraigarme ahí, pero ello tropieza con muchas dificultades”. (Carta a A. Millares Sall. México, 22 Mayo 1956).

después de cada visita a su rincón. “No olvidaré el efecto que me produjo oír como Eduardo se arrancaba con una isa legítima acompañado por ese ciudadano que responde al inefable y eufónico nombre de Totoyo”³⁶. Y habla de Pino “la mujer del ingrato José María, a quien tantas perras dí para que se comprase ‘sumpresas’ en casa de Antoñito el de la tiendita de la esquina”³⁷.

Y escribe a su sobrino Agustín: “¡lástima que no estemos los cuatro juntos! Con esta exclamación terminas tú tu carta del 24 y con la misma quiero yo comenzar esta mía ¡quién sabe!”³⁸. “Si tuviera los medios económicos del caso, haría un viaje de placer y asunto concluido; pero desgraciadamente no es así, y no sabes hasta qué punto me sería grato pasar unos días en ese ambiente”³⁹. Debido a las constantes dificultades económicas, que tanto amargaron la vida de don Agustín y le impidieron llevar a cabo sus más queridos proyectos⁴⁰, cuando existe la oportunidad de un viaje a su Gran Canaria, es enorme la alegría que deja traslucir: “llegaré ahí, según me dicen, sobre las doce de la noche, hora extravagante para que nadie se moleste en ir a recibirme. Para evitar trastornos, dile a Cachonita que yo iré a dormir al Hotel Rayo de don Manuel Cabrera, que es un hotel de lujo, y al día siguiente, después de bañarme en las Canteras y de desayunarme en la plaza con churros y café, iré a instalarme en el departamento que ya me tiene destinado”⁴¹.

El regreso a América, después de una temporada en su tierra, es especialmente doloroso: “ni que decir tiene, mi querido Tintín, que echo muy de menos esas horas felices de Las Palmas; porque apenas salido de ellas me he vuelto a ver hundido en un mar de preocupaciones y problemas que me tiene la vida amargado... Son aquí las once de la mañana y ahí las seis de la tarde aproximadamente. ¡La hora sagrada del café!”⁴². Y empieza de nuevo la ilusión por el regreso, que le obsesiona y que le marca con una honda señal, aunque no le impide naturalmente desarrollar en tierras americanas su dilatada labor humanística. “Te advierto —escribe a su sobrino—, que desde ahora estoy moviéndome e intrigando para volver a Las Palmas en Octubre y estar ahí cuatro o cinco meses”⁴³. “El día 28 [de Agosto, San Agustín] es el de nuestra fiesta ‘numismática’; yo el 10 del corriente llegué a mis 66 anualidades y te deseo que lo pases bien y feliz con los tuyos, y que no olvides de echarte uno o mas ‘tanganazos’ en mi honor

³⁶ *Ibíd.*

³⁷ *Ibíd.*

³⁸ Carta a A. Millares Sall. México 29 Marzo 1958.

³⁹ Carta a A. Millares Sall. México, 12 Noviembre 1956.

⁴⁰ Gonzalo Porto, propietario de la editorial Muntaner y Simón, le ofreció “un puesto en Barcelona, para Octubre. Tal vez por ahí vendría la solución a mi problema”. (Carta a Manuel Hernández Suárez. México, 5 Mayo 1958).

⁴¹ Carta a A. Millares Sall. Salamanca, 14 Enero 1959.

⁴² Carta a A. Millares Sall. México, 20 Marzo 1959.

⁴³ Carta a A. Millares Sall. Washington, 18 Junio 1959.

(pero no de aquel líquido indígena, blanco y explosivo, que se atizaba el gran Pepito en casa de [...] Juan Pérez)”⁴⁴.

Mientras llega el definitivo regreso a Las Palmas, que cada vez está más lejano por poderosas razones económicas⁴⁵, vive intensamente el recuerdo de su rincón añorado. Habla con delectación de “una comida (viejas secas con mojo) elaborada por la señora de Paco Melo”⁴⁶, y la concesión de la flor natural a su sobrino Agustín Millares Sall, es ocasión para el recuerdo, “también supongo que en celebración del éxito habrá habido copiosas libaciones de las que me hubiese gustado participar; en Agosto, Deo volente, no faltará un rato para que brindemos, copa en alto, por ese galardón (!) tan merecido”⁴⁷.

La singladura americana de Millares Carlo duró treinta y seis años —desde 1938 a 1974—. Más de tres décadas de ansiedad y de esperanza que le dejaron una profunda huella, pero que en ningún momento significaron merma alguna en su actividad científica, ni desagrado al país que le ofreció una patria y un modo de vida. Entregado en cuerpo y alma a su labor, “llegado el tiempo de marchar, no le resultaría fácil a don Agustín”⁴⁸. Incluso en algunos momentos de desánimo, le dice a su sobrino desde Madrid, “créeme que mañana mismo me regresaría a América, si no me retuvieran aquí trabajos importantes”⁴⁹.

Al final consiguió su objetivo, aunque “volvía a casa cansado y achacoso, pero emprendedor aun”⁵⁰. La Mancomunidad de Cabildos de Las Palmas le ofreció la coordinación general del “Plan Cultural”, en el que se volcó creando actividades a las que, incompresiones aparte, dotó del riguroso sello científico presente en su obra, a lo largo de su irregular y dilatada vida.

CONCLUSIÓN

La lectura del pequeño tesoro epistolar, que se custodia en el Seminario “Millares Carlo”, además de darnos las claves necesarias para interpretar sus preocupaciones personales y sus desvelos por el desarrollo de sus más importantes trabajos realizados en tierras americanas, sugiere repetidamente, no sólo ese “talante tan amplio, humano y caballeroso como era don Agustín”⁵¹, sino el

⁴⁴ “Hora es de acabar; te escribo en un café, que llaman —no sé por qué—, de Paris, y donde acuden refugíberos y más refugíberos, que apenas si les dejan sitio a los purititos aztecas”. (Carta a A. Millares Sall. México, 25 Agosto 1959).

⁴⁵ “De mi viaje a Canarias nada te digo por hoy. Agradezco de corazón lo que el Museo me ofrece, pero desgraciadamente y por razones que no son para escritas, mi situación económica nada tiene de brillante, y no sé si podré aventurarme al viaje, aunque tengo puestas en él muchas ilusiones”. (Carta a A. Millares Sall. Maracaibo, 25 Abril 1961).

⁴⁶ Carta a Manuel Hernández Suárez. Maracaibo, 20 Octubre 1960.

⁴⁷ Carta a A. Millares Sall. Maracaibo, 28 Mayo 1961.

⁴⁸ MOREIRO GONZÁLEZ, JOSÉ A.; ob. cit., p. 226.

⁴⁹ Carta a A. Millares Sall. Madrid, 22 Julio 1963.

⁵⁰ MOREIRO GONZÁLEZ, J. A., ob. cit., p. 282.

⁵¹ MOREIRO GONZÁLEZ, JOSÉ A.; ob. cit. p. 226.

profundo amor que siempre profesó a su tierra, y que le acompañó en su largo camino por México y Venezuela. Ese camino lo vivió don Agustín jalonado de recuerdos, cada vez más vívidos a medida que pasaba el tiempo, de lo que constituía su entrañable y pequeño mundo grancanario, y que como una noria sin fin, formada por cangilones de suave amargura, constituyeron un puente emocionado que le mantuvo unido constantemente a sus seres queridos, y a los rincones de Las Palmas que fueron testigos mudos de sus primeros pasos, y meta de esperanza por el regreso definitivo tan deseado.